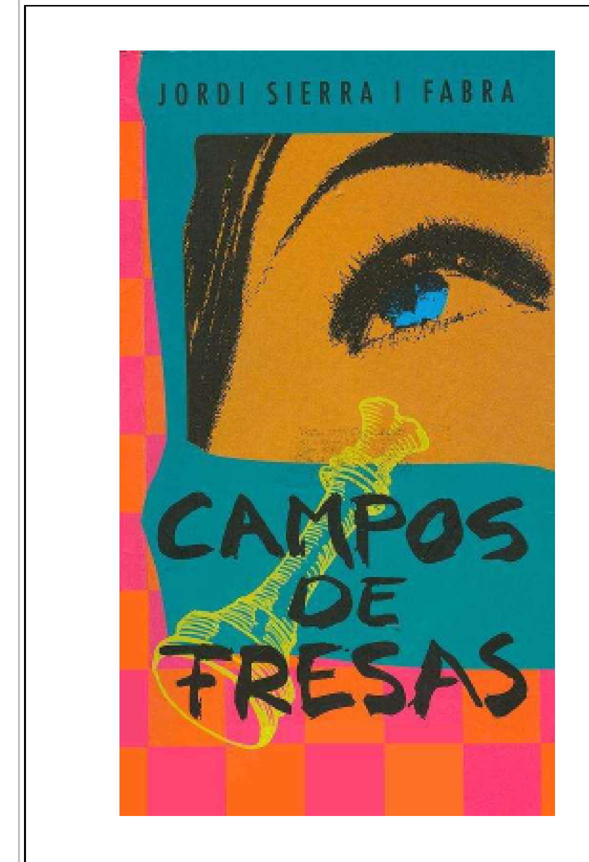



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

1
(Blancas: e4)

Abrió los ojos cuando el primer zumbido del teléfono aún no había muerto y lo primero que encontró fueron los dígitos verdes de su radio-reloj en la oscuridad de la noche.

Por ello supo que la llamada no podía ser buena.

Ninguna llamada telefónica lo es en la madrugada.

Alargó el brazo en el preciso momento en que sobrevenía el silencio entre el primer y el segundo zumbido, y tropezó con el vaso de agua depositado en la mesita de noche. Lo derribó. A su lado, su mujer también se agitó por el brusco despertar. Fue ella la que encendió la luz de su propia mesita.

La mano del hombre se aferró al auricular del teléfono. Lo descolgó mientras se incorporaba un poco para hablar, y se lo llevó al oído. Su pregunta fue rápida, alarmada.

—¿Sí?

Escuchó una voz neutra, opaca. Una voz desconocida.

—¿El señor Salas?

—Soy yo.

—Verá, señor —la voz, de mujer, se tomó una especie de respiro. O más bien fue como si se dispusiera a tomar carrerilla—. Le llamo desde el Clínico. Me temo que ha sucedido algo delicado y necesitamos...

—¿Es mi hija? —preguntó automáticamente él.

Sintió cómo su mujer se aferraba a su brazo.

—Sí, señor Salas —continuó la voz, abierta y directamente—. Nos la han traído en bastante mal estado y... bueno, aún es pronto para decir nada, ¿entiende? Sería necesario que se pasara por aquí cuanto antes.

—Pero... ¿está bien? —la tensión le hizo atropellarse, la presión de la mano de su esposa le hizo daño, su cabeza entró en una espiral de miedos y angustias—. Quiero decir...

—Su hija ha tomado algún tipo de sustancia peligrosa, señor Salas. La han traído sus amigos y estamos haciendo todo lo posible por ella. Es cuanto puedo decirle. Confío en que cuando lleguen aquí tengamos mejores noticias que darle.

—Vamos inmediatamente.

—Hospital Clínico. Entren por urgencias.

—Gracias... sí, claro, gracias...

Se quedó con el teléfono en la mano, sin darse cuenta de que su mujer ya estaba en pie. Después la miró.

—¿Un accidente de coche? —apenas si consiguió articular palabra ella.

2



# 1 (Blancas: e4)

Abrió los ojos cuando el primer zumbido del teléfono aún no había muerto y lo primero que encontró fueron los dígitos verdes de su radio-reloj en la oscuridad de la noche.

Por ello supo que la llamada no podía ser buena. Ninguna llamada telefónica lo es en la madrugada. Alargó el brazo en el preciso momento en que sobrevenía el silencio entre el primer y el segundo zumbido, y tropezó con el vaso de agua depositado en la mesita de noche. Lo derribó. A su lado, su mujer también se agitó por el brusco despertar. Fue ella la que encendió la luz de su propia mesita.

La mano del hombre se aferró al auricular del teléfono. Lo descolgó mientras se incorporaba un poco para hablar, y se lo llevó al oído. Su pregunta fue rápida, alarmada.

—¿Sí? Escuchó una voz neutra, opaca. Una voz desconocida. —¿El señor Salas? —Soy yo. —Verá, señor —la voz, de mujer, se tomó una especie de respiro. O más bien fue como si se dispusiera a tomar carrerilla—. Le llamo desde el Clínico. Me temo que ha sucedido algo delicado y necesitamos... —¿Es mi hija? —preguntó automáticamente él. Sintió cómo su mujer se aferraba a su brazo. —Sí, señor Salas —continuó la voz, abierta y directamente—. Nos la han traído en bastante mal estado y... bueno, aún es pronto para decir nada, ¿entiende? Sería necesario que se pasara por aquí cuanto antes.

—Pero... ¿está bien? —la tensión le hizo atropellarse, la presión de la mano de su esposa le hizo daño, su cabeza entró en una espiral de miedos y angustias—. Quiero decir...

—Su hija ha tomado algún tipo de sustancia peligrosa, señor Salas. La han traído sus amigos y estamos haciendo todo lo posible por ella. Es cuanto puedo decirle. Confío en que cuando lleguen aquí tengamos mejores

noticias que darle.

—Vamos inmediatamente. —Hospital Clínico. Entren por urgencias. —Gracias... sí, claro, gracias... Se quedó con el teléfono en la mano, sin darse cuenta de que su mujer ya estaba en pie. Después la miró.

—¿Un accidente de coche? —apenas si consiguió articular palabra ella.

—No, dicen que se ha... tomado algo —exhaló él.

La confusión se empezaba a reflejar en sus rostros.

—¿Qué? —fue lo único que logró decir su esposa entre las brumas de su nueva realidad.

## 2 (Negras: c6)

Cinta, Santi y Máximo no se movían desde hacía ya unos minutos. Era como si no se atrevieran. Sólo de vez en cuando los ojos de alguno de ellos se dirigían hacia la puerta, por la que había desaparecido el último de los médicos, o buscaban el apoyo de los demás, apoyo que era hurtado al instante, como si por alguna extraña razón no quisieran verse ni reconocerse.

—¿Por qué a mí no me ha pasado nada?

Había formulado la pregunta media docena de veces, y como las anteriores, Cinta no tuvo respuesta.

—Yo también estoy bien —dijo Máximo.

—Dejadlo, ¿vale? —pidió Santi.

—¿Qué vamos a...?

La pregunta de Cinta murió antes de formularla. Desde que había empezado todo, los nervios se mantenían a flor de piel, pero aún adormecidos, o mejor dicho atontados, a causa del estallido de la situación. Ahora empezaban a aflorar plenamente.

Fue Santi el primero en reaccionar, y lo hizo para sentarse al lado de ella. La rodeó con un brazo y la atrajo suavemente hacia sí. Después la besó en la frente. Cinta se dejó arrastrar y apoyó la cabeza en él. Luego cerró los ojos.

Comenzó a llorar suavemente.

—Ha sido un accidente —suspiró Santi con un hilo de voz.

Máximo hundió su cabeza entre sus manos.

Cinta se desahogó sólo unos segundos. Acabó mordiéndose el labio inferior. Sin desprenderse del amparo protector de Santi, pronunció el nombre que todos tenían en ese mismo instante en la mente.

—Deberíamos llamar a Eloy.

Se produjo un silencio expectante.

Nadie se movió.

—Y también a Loreto —terminó diciendo Cinta.

Santi suspiró.

Pero fue Máximo el que resumió la situación con un rotundo y expresivo:



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

—¡Joder!

## 3 (Blancas: d4)

Lo despertó el timbre del teléfono y al levantar la cabeza de la mesa, el cuello le envió una punzada de dolor al cerebro. La brusquedad del despertar fue paralela a ese dolor.

—¡Ay, ay! —se quejó tratando de flexionar el cuello para liberarse del anquilosamiento.

Casi no lo logró, así que se levantó y fue hacia el teléfono, moviéndose lo mismo que un muñeco articulado que iniciase su andadura. No sólo era el cuello, a causa de haberse quedado dormido sobre la mesa, sino los músculos, agarrotados, y la sensación de mareo producto del súbito despertar, unido a la larga noche de estudio a base de cafés y *colas*.

En quien primero pensó fue en Luciana, Cinta, Santi y Máximo.

Sus padres no podían ser. Nunca llamaban, y mucho menos a una hora como aquella. ¿Para qué? Así que sólo podían ser ellos. Los muy...

Levantó el auricular, pero antes de poder decir nada escuchó el zumbido de la línea al cortarse.

Encima.

Volvió a dejar el teléfono sobre la mesa y bufó lleno de cansancio. Esperó un par de segundos, luego se desperezó. Tenía la boca pastosa, los ojos espesos y la lengua pegada al paladar. Debía haberse quedado dormido aproximadamente hacía tres horas. Las primeras luces del amanecer asomaban ya al otro lado de la ventana. Miró los libros.

Él estudiando y los demás de marcha. Genial.

Claro que a Máximo le importaban un pito los estudios, y Santi ya había dejado de darle al callo. Pero en cambio, Luciana y Cinta...

El teléfono no volvía a sonar, así que se apartó de él y fue al cuarto de baño, para lavarse la cara. Todavía tenía todo el sábado y todo el domingo por delante antes del dichoso examen del lunes. Sus padres habían hecho bien yéndose de fin de semana. Y él había hecho bien negándose a escuchar los cantos de sirenas de los otros para que al menos saliera el viernes por la noche.

A pesar de lo mucho que deseaba estar con Luciana.

La llamada se repitió cuando se echaba agua a la cara por segunda vez. ¿Por qué sus padres no compraban un maldito inalámbrico? Cogió la toalla y se



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

—No, dicen que se ha... tomado algo —exhaló él. La confusión se empezaba a reflejar en sus rostros. —¿Qué? —fue lo único que logró decir su esposa entre las brumas de su nueva realidad.

2 (Negras: c6)

Cinta, Santi y Máximo no se movían desde hacía ya unos minutos. Era como si no se atrevieran. Sólo de vez en cuando los ojos de alguno de ellos se dirigían hacia la puerta, por la que había desaparecido el último de los médicos, o buscaban el apoyo de los demás, apoyo que era hurtado al instante, como si por alguna extraña razón no quisieran verse ni reconocerse.

—¿Por qué a mí no me ha pasado nada? Había formulado la pregunta media docena de veces, y como las anteriores, Cinta no tuvo respuesta.

—Yo también estoy bien —dijo Máximo. —Dejadlo, ¿vale? —pidió Santi. —¿Qué vamos a...? La pregunta de Cinta murió antes de formularla. Desde que había empezado todo, los nervios se mantenían a flor de piel, pero aún adormecidos, o mejor dicho atontados, a causa del estallido de la situación. Ahora empezaban a aflorar plenamente.

Fue Santi el primero en reaccionar, y lo hizo para sentarse al lado de ella. La rodeó con un brazo y la atrajo suavemente hacia sí. Después la besó en la frente. Cinta se dejó arrastrar y apoyó la cabeza en él. Luego cerró los ojos.

Comenzó a llorar suavemente. —Ha sido un accidente —suspiró Santi con un hilo de voz. Máximo hundió su cabeza entre sus manos. Cinta se desahogó sólo unos segundos. Acabó mordiéndose el labio inferior. Sin desprenderse del amparo protector de Santi, pronunció el nombre que todos tenían en ese mismo instante en la mente.

—Deberíamos llamar a Eloy. Se produjo un silencio expectante. Nadie se movió. —Y también a Loreto —terminó

diciendo Cinta. Santi suspiró. Pero fue Máximo el que resumió la situación con un rotundo y expresivo:





—¡Joder!

# 3 (Blancas: d4)

Lo despertó el timbre del teléfono y al levantar la cabeza de la mesa, el cuello le envió una punzada de dolor al cerebro. La brusquedad del despertar fue paralela a ese dolor.

—¡Ay, ay! —se quejó tratando de flexionar el cuello para liberarse del anquilosamiento.

Casi no lo logró, así que se levantó y fue hacia el teléfono, moviéndose lo mismo que un muñeco articulado que iniciase su andadura. No sólo era el cuello, a causa de haberse quedado dormido sobre la mesa, sino los músculos, agarrotados, y la sensación de mareo producto del súbito despertar, unido a la larga noche de estudio a base de cafés y colas.

En quien primero pensó fue en Luciana, Cinta, Santi y Máximo. Sus padres no podían ser. Nunca llamaban, y mucho menos a una hora como aquella. ¿Para qué? Así que sólo podían ser ellos. Los muy...

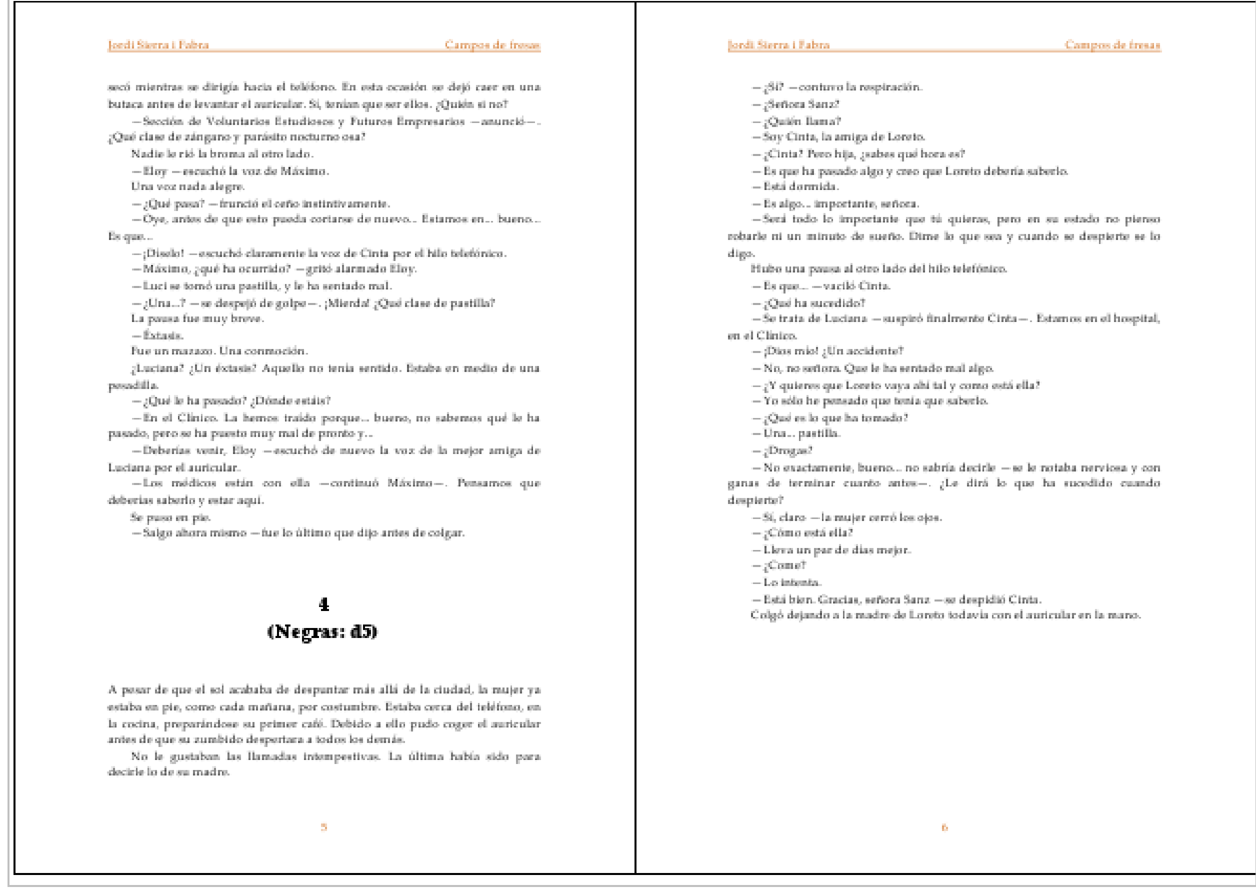
Levantó el auricular, pero antes de poder decir nada escuchó el zumbido de la línea al cortarse.

Encima. Volvió a dejar el teléfono sobre la mesa y bufó lleno de cansancio. Esperó un par de segundos, luego se desperezó. Tenía la boca pastosa, los ojos espesos y la lengua pegada al paladar. Debía haberse quedado dormido aproximadamente hacía tres horas. Las primeras luces del amanecer asomaban ya al otro lado de la ventana. Miró los libros.

Él estudiando y los demás de marcha. Genial. Claro que a Máximo le importaban un pito los estudios, y Santi ya había dejado de darle al callo. Pero en cambio, Luciana y Cinta...

El teléfono no volvía a sonar, así que se apartó de él y fue al cuarto de baño, para lavarse la cara. Todavía tenía todo el sábado y todo el domingo por delante antes del dichoso examen del lunes. Sus padres habían hecho bien yéndose de fin de semana. Y él había hecho bien negándose a escuchar los cantos de sirenas de los otros para que al menos saliera el viernes por la noche.

A pesar de lo mucho que deseaba estar con Luciana. La llamada se repitió cuando se echaba agua a la cara por segunda vez. ¿Por qué sus padres no compraban un maldito inalámbrico? Cogió la toalla y se





secó mientras se dirigía hacia el teléfono. En esta ocasión se dejó caer en una butaca antes de levantar el auricular. Sí, tenían que ser ellos. ¿Quién si no?

—Sección de Voluntarios Estudiosos y Futuros Empresarios —anunció—. ¿Qué clase de zángano y parásito nocturno osa?

Nadie le rió la broma al otro lado.

—Eloy —escuchó la voz de Máximo.

Una voz nada alegre.

—¿Qué pasa? —frunció el ceño instintivamente.

—Oye, antes de que esto pueda cortarse de nuevo... Estamos en... bueno... Es que...

—¡Díselo! —escuchó claramente la voz de Cinta por el hilo telefónico.

—Máximo, ¿qué ha ocurrido? —gritó alarmado Eloy.

—Luci se tomó una pastilla, y le ha sentado mal.

—¿Una...? —se despejó de golpe—. ¡Mierda! ¿Qué clase de pastilla?

La pausa fue muy breve.

—Éxtasis.

Fue un mazazo. Una conmoción.

¿Luciana? ¿Un éxtasis? Aquello no tenía sentido. Estaba en medio de una pesadilla.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde estáis?

—En el Clínico. La hemos traído porque... bueno, no sabemos qué le ha pasado, pero se ha puesto muy mal de pronto y...

—Deberías venir, Eloy —escuchó de nuevo la voz de la mejor amiga de Luciana por el auricular.

—Los médicos están con ella —continuó Máximo—. Pensamos que deberías saberlo y estar aquí.

Se puso en pie.

—Salgo ahora mismo —fue lo último que dijo antes de colgar.

## 4
## (Negras: d5)

A pesar de que el sol acababa de despuntar más allá de la ciudad, la mujer ya estaba en pie, como cada mañana, por costumbre. Estaba cerca del teléfono, en la cocina, preparándose su primer café. Debido a ello pudo coger el auricular antes de que su zumbido despertara a todos los demás.

No le gustaban las llamadas intempestivas. La última había sido para decirle lo de su madre.





—¿Sí? —contuvo la respiración.

—¿Señora Sanz?

—¿Quién llama?

—Soy Cinta, la amiga de Loreto.

—¿Cinta? Pero hija, ¿sabes qué hora es?

—Es que ha pasado algo y creo que Loreto debería saberlo.

—Está dormida.

—Es algo... importante, señora.

—Será todo lo importante que tú quieras, pero en su estado no pienso robarle ni un minuto de sueño. Dime lo que sea y cuando se despierte se lo digo.

Hubo una pausa al otro lado del hilo telefónico.

—Es que... —vaciló Cinta.

—¿Qué ha sucedido?

—Se trata de Luciana —suspiró finalmente Cinta—. Estamos en el hospital, en el Clínico.

—¡Dios mío! ¿Un accidente?

—No, no señora. Que le ha sentado mal algo.

—¿Y quieres que Loreto vaya ahí tal y como está ella?

—Yo sólo he pensado que tenía que saberlo.

—¿Qué es lo que ha tomado?

—Una... pastilla.

—¿Drogas?

—No exactamente, bueno... no sabría decirle —se le notaba nerviosa y con ganas de terminar cuanto antes—. ¿Le dirá lo que ha sucedido cuando despierte?

—Sí, claro —la mujer cerró los ojos.

—¿Cómo está ella?

—Lleva un par de días mejor.

—¿Come?

—Lo intenta.

—Está bien. Gracias, señora Sanz —se despidió Cinta.

Colgó dejando a la madre de Loreto todavía con el auricular en la mano.



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

secó mientras se dirigía hacia el teléfono. En esta ocasión se dejó caer en una butaca antes de levantar el auricular. Sí, tenían que ser ellos. ¿Quién si no?

—Sección de Voluntarios Estudiosos y Futuros Empresarios —anunció—. ¿Qué clase de zángano y parásito nocturno osa?

Nadie le rió la broma al otro lado. —Eloy —escuchó la voz de Máximo. Una voz nada alegre. —¿Qué pasa? —frunció el ceño instintivamente. —Oye, antes de que esto pueda cortarse de nuevo... Estamos en... bueno... Es que...

—¡Díselo! —escuchó claramente la voz de Cinta por el hilo telefónico. —Máximo, ¿qué ha ocurrido? —gritó alarmado Eloy. —Luci se tomó una pastilla, y le ha sentado mal. —¿Una...? —se despejó de golpe—. ¡Mierda! ¿Qué clase de pastilla? La pausa fue muy breve. —Éxtasis. Fue un mazazo. Una conmoción. ¿Luciana? ¿Un éxtasis? Aquello no tenía sentido. Estaba en medio de una pesadilla.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde estáis? —En el Clínico. La hemos traído porque... bueno, no sabemos qué le ha pasado, pero se ha puesto muy mal de pronto y...

—Deberías venir, Eloy —escuchó de nuevo la voz de la mejor amiga de Luciana por el auricular.

—Los médicos están con ella —continuó Máximo—. Pensamos que deberías saberlo y estar aquí.

Se puso en pie. —Salgo ahora mismo —fue lo último que dijo antes de colgar.

# 4 (Negras: d5)

A pesar de que el sol acababa de despuntar más allá de la ciudad, la mujer ya estaba en pie, como cada mañana, por costumbre. Estaba cerca del teléfono, en la cocina, preparándose su primer café. Debido a ello pudo coger el

auricular antes de que su zumbido despertara a todos los demás.

No le gustaban las llamadas intempestivas. La última había sido para decirle lo de su madre.



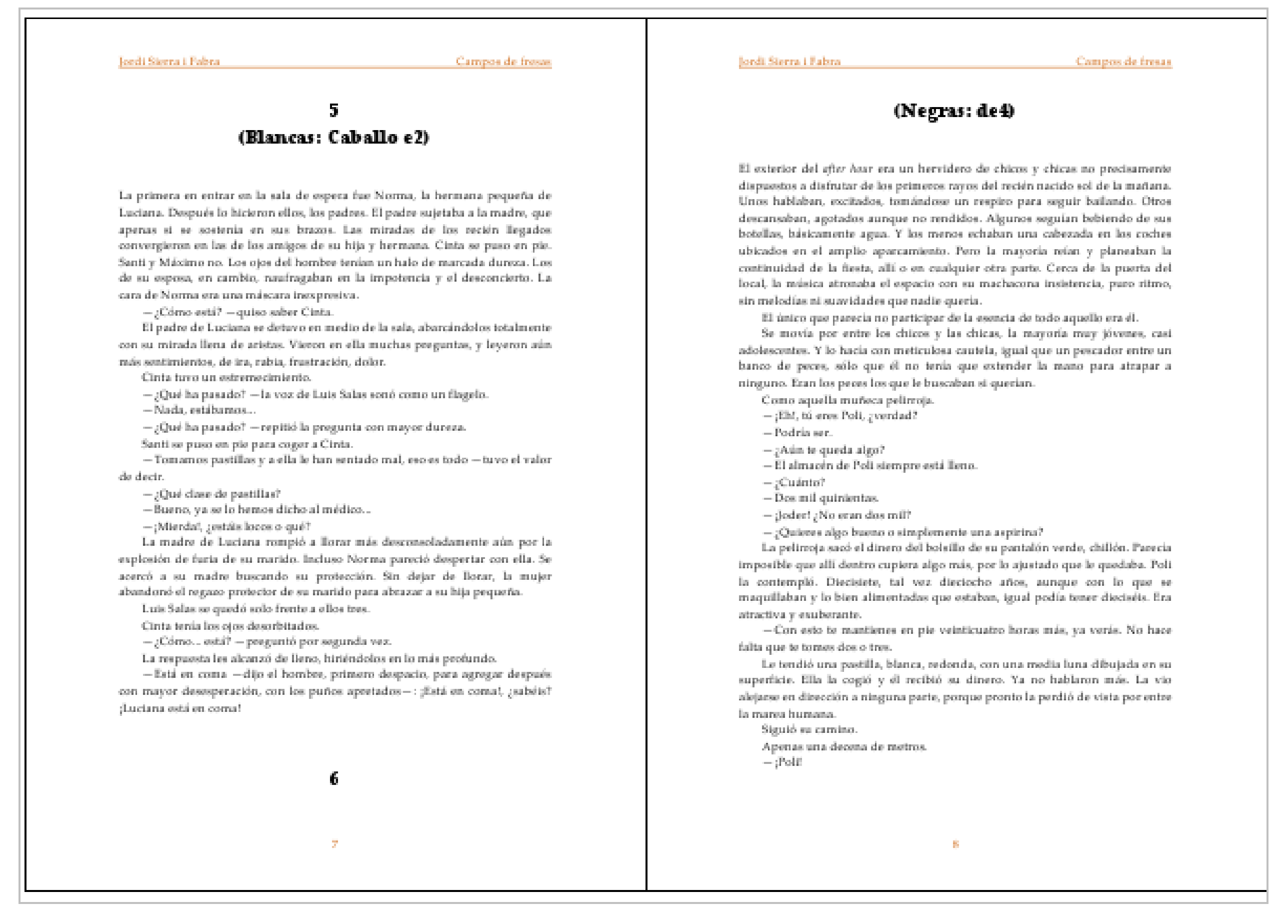


—¿Sí? —contuvo la respiración. —¿Señora Sanz? —¿Quién llama? —Soy Cinta, la amiga de Loreto. —¿Cinta? Pero hija, ¿sabes qué hora es? —Es que ha pasado algo y creo que Loreto debería saberlo. —Está dormida. —Es algo... importante, señora. —Será todo lo importante que tú quieras, pero en su estado no pienso robarle ni un minuto de sueño. Dime lo que sea y cuando se despierte se lo digo.

Hubo una pausa al otro lado del hilo telefónico. —Es que... —vaciló Cinta. —¿Qué ha sucedido? —Se trata de Luciana —suspiró finalmente Cinta—. Estamos en el hospital, en el Clínico.

—¡Dios mío! ¿Un accidente? —No, no señora. Que le ha sentado mal algo. —¿Y quieres que Loreto vaya ahí tal y como está ella? —Yo sólo he pensado que tenía que saberlo. —¿Qué es lo que ha tomado? —Una... pastilla. —¿Drogas? —No exactamente, bueno... no sabría decirle —se le notaba nerviosa y con ganas de terminar cuanto antes—. ¿Le dirá lo que ha sucedido cuando despierte?

—Sí, claro —la mujer cerró los ojos. —¿Cómo está ella? —Lleva un par de días mejor. —¿Come? —Lo intenta. —Está bien. Gracias, señora Sanz —se despidió Cinta. Colgó dejando a la madre de Loreto todavía con el auricular en la mano.





5

(Blancas: Caballo e2)

La primera en entrar en la sala de espera fue Norma, la hermana pequeña de Luciana. Después lo hicieron ellos, los padres. El padre sujetaba a la madre, que apenas si se sostenía en sus brazos. Las miradas de los recién llegados convergieron en las de los amigos de su hija y hermana. Cinta se puso en pie. Santi y Máximo no. Los ojos del hombre tenían un halo de marcada dureza. Los de su esposa, en cambio, naufragaban en la impotencia y el desconcierto. La cara de Norma era una máscara inexpresiva.

—¿Cómo está? —quiso saber Cinta.

El padre de Luciana se detuvo en medio de la sala, abarcándolos totalmente con su mirada llena de aristas. Vieron en ella muchas preguntas, y leyeron aún más sentimientos, de ira, rabia, frustración, dolor.

Cinta tuvo un estremecimiento.

—¿Qué ha pasado? —la voz de Luis Salas sonó como un flagelo.

—Nada, estábamos...

—¿Qué ha pasado? —repitió la pregunta con mayor dureza.

Santi se puso en pie para coger a Cinta.

—Tomamos pastillas y a ella le han sentado mal, eso es todo —tuvo el valor de decir.

—¿Qué clase de pastillas?

—Bueno, ya se lo hemos dicho al médico...

—¡Mierda!, ¿estáis locos o qué?

La madre de Luciana rompió a llorar más desconsoladamente aún por la explosión de furia de su marido. Incluso Norma pareció despertar con ella. Se acercó a su madre buscando su protección. Sin dejar de llorar, la mujer abandonó el regazo protector de su marido para abrazar a su hija pequeña.

Luis Salas se quedó solo frente a ellos tres.

Cinta tenía los ojos desorbitados.

—¿Cómo... está? —preguntó por segunda vez.

La respuesta les alcanzó de lleno, hiriéndolos en lo más profundo.

—Está en coma —dijo el hombre, primero despacio, para agregar después con mayor desesperación, con los puños apretados—: ¡Está en coma!, ¿sabéis? ¡Luciana está en coma!

6





(Negras: de4)

El exterior del *after hour* era un hervidero de chicos y chicas no precisamente dispuestos a disfrutar de los primeros rayos del recién nacido sol de la mañana. Unos hablaban, excitados, tomándose un respiro para seguir bailando. Otros descansaban, agotados aunque no rendidos. Algunos seguían bebiendo de sus botellas, básicamente agua. Y los menos echaban una cabezada en los coches ubicados en el amplio aparcamiento. Pero la mayoría reían y planeaban la continuidad de la fiesta, allí o en cualquier otra parte. Cerca de la puerta del local, la música atronaba el espacio con su machacona insistencia, puro ritmo, sin melodías ni suavidades que nadie quería.

El único que parecía no participar de la esencia de todo aquello era él.

Se movía por entre los chicos y las chicas, la mayoría muy jóvenes, casi adolescentes. Y lo hacía con meticulosa cautela, igual que un pescador entre un banco de peces, sólo que él no tenía que extender la mano para atrapar a ninguno. Eran los peces los que le buscaban si querían.

Como aquella muñeca pelirroja.

—¡Eh!, tú eres Poli, ¿verdad?

—Podría ser.

—¿Aún te queda algo?

—El almacén de Poli siempre está lleno.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientas.

—¡Joder! ¿No eran dos mil?

—¿Quieres algo bueno o simplemente una aspirina?

La pelirroja sacó el dinero del bolsillo de su pantalón verde, chillón. Parecía imposible que allí dentro cupiera algo más, por lo ajustado que le quedaba. Poli la contempló. Diecisiete, tal vez dieciocho años, aunque con lo que se maquillaban y lo bien alimentadas que estaban, igual podía tener dieciséis. Era atractiva y exuberante.

—Con esto te mantienes en pie veinticuatro horas más, ya verás. No hace falta que te tomes dos o tres.

Le tendió una pastilla, blanca, redonda, con una media luna dibujada en su superficie. Ella la cogió y él recibió su dinero. Ya no hablaron más. La vio alejarse en dirección a ninguna parte, porque pronto la perdió de vista por entre la marea humana.

Siguió su camino.

Apenas una decena de metros.

—¡Poli!



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

# 5 (Blancas: Caballo e2)

La primera en entrar en la sala de espera fue Norma, la hermana pequeña de Luciana. Después lo hicieron ellos, los padres. El padre sujetaba a la madre, que apenas si se sostenía en sus brazos. Las miradas de los recién llegados convergieron en las de los amigos de su hija y hermana. Cinta se puso en pie. Santi y Máximo no. Los ojos del hombre tenían un halo de marcada dureza. Los de su esposa, en cambio, naufragaban en la impotencia y el desconcierto. La cara de Norma era una máscara inexpresiva. —¿Cómo está? —quiso saber Cinta. El padre de Luciana se detuvo en medio de la sala, abarcándolos totalmente con su mirada llena de aristas. Vieron en ella muchas preguntas, y leyeron aún más sentimientos, de ira, rabia, frustración, dolor.

Cinta tuvo un estremecimiento. —¿Qué ha pasado? —la voz de Luis Salas sonó como un flagelo. —Nada, estábamos... —¿Qué ha pasado? —repitió la pregunta con mayor dureza. Santi se puso en pie para coger a Cinta. —Tomamos pastillas y a ella le han sentado mal, eso es todo —tuvo el valor de decir.

—¿Qué clase de pastillas? —Bueno, ya se lo hemos dicho al médico... —¡Mierda!, ¿estáis locos o qué? La madre de Luciana rompió a llorar más desconsoladamente aún por la explosión de furia de su marido. Incluso Norma pareció despertar con ella. Se acercó a su madre buscando su protección. Sin dejar de llorar, la mujer abandonó el regazo protector de su marido para abrazar a su hija pequeña.

Luis Salas se quedó solo frente a ellos tres. Cinta tenía los ojos desorbitados. —¿Cómo... está? —preguntó por segunda vez. La respuesta les alcanzó de lleno, hiriéndolos en lo más profundo. —Está en coma —dijo el hombre, primero despacio, para agregar después con mayor desesperación, con los puños apretados—: ¡Está en coma!, ¿sabéis? ¡Luciana está en coma!

## (Negras: de4)

El exterior del after hour era un hervidero de chicos y chicas no precisamente dispuestos a disfrutar de los primeros rayos del recién nacido sol de la mañana. Unos hablaban, excitados, tomándose un respiro para seguir bailando. Otros descansaban, agotados aunque no rendidos. Algunos seguían bebiendo de sus botellas, básicamente agua. Y los menos echaban una cabezada en los coches ubicados en el amplio aparcamiento. Pero la mayoría reían y planeaban la continuidad de la fiesta, allí o en cualquier otra parte. Cerca de la puerta del local, la música atronaba el espacio con su machacona insistencia, puro ritmo, sin melodías ni suavidades que nadie quería.

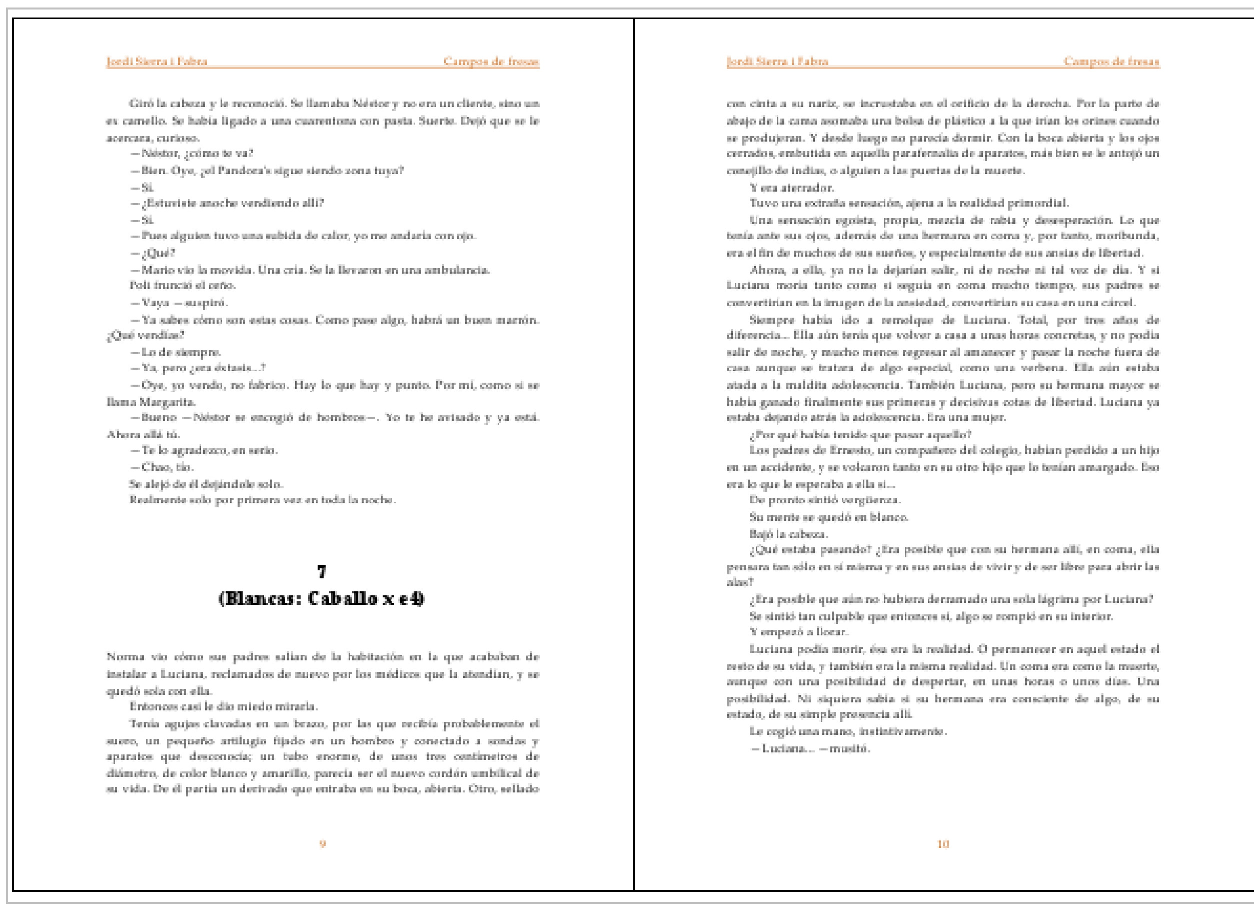
El único que parecía no participar de la esencia de todo aquello era él. Se movía por entre los chicos y las chicas, la mayoría muy jóvenes, casi adolescentes. Y lo hacía con meticulosa cautela, igual que un pescador entre un banco de peces, sólo que él no tenía que extender la mano para atrapar a ninguno. Eran los peces los que le buscaban si querían.

Como aquella muñeca pelirroja. —¡Eh!, tú eres Poli, ¿verdad? —Podría ser. —¿Aún te queda algo? —El almacén de Poli siempre está lleno. —¿Cuánto? —Dos mil quinientas. —¡Joder! ¿No eran dos mil? —¿Quieres algo bueno o simplemente una aspirina? La pelirroja sacó el dinero del bolsillo de su pantalón verde, chillón. Parecía imposible que allí dentro cupiera algo más, por lo ajustado que le quedaba. Poli la contempló. Diecisiete, tal vez dieciocho años, aunque con lo que se maquillaban y lo bien alimentadas que estaban, igual podía tener dieciséis. Era atractiva y exuberante.

—Con esto te mantienes en pie veinticuatro horas más, ya verás. No hace falta que te tomes dos o tres.

Le tendió una pastilla, blanca, redonda, con una media luna dibujada en su superficie. Ella la cogió y él recibió su dinero. Ya no hablaron más. La vio alejarse en dirección a ninguna parte, porque pronto la perdió de vista por entre la marea humana.

Siguió su camino. Apenas una decena de metros. —¡Poli!





Giró la cabeza y le reconoció. Se llamaba Néstor y no era un cliente, sino un ex camello. Se había ligado a una cuarentona con pasta. Suerte. Dejó que se le acercara, curioso.

—Néstor, ¿cómo te va?

—Bien. Oye, ¿el Pandora's sigue siendo zona tuya?

—Sí.

—¿Estuviste anoche vendiendo allí?

—Sí.

—Pues alguien tuvo una subida de calor, yo me andaría con ojo.

—¿Qué?

—Mario vio la movida. Una cría. Se la llevaron en una ambulancia.

Poli frunció el ceño.

—Vaya —suspiró.

—Ya sabes cómo son estas cosas. Como pase algo, habrá un buen marrón. ¿Qué vendías?

—Lo de siempre.

—Ya, pero ¿era éxtasis...?

—Oye, yo vendo, no fabrico. Hay lo que hay y punto. Por mí, como si se llama Margarita.

—Bueno —Néstor se encogió de hombros—. Yo te he avisado y ya está. Ahora allá tú.

—Te lo agradezco, en serio.

—Chao, tío.

Se alejó de él dejándole solo.

Realmente solo por primera vez en toda la noche.

## 7 (Blancas: Caballo x e4)

Norma vio cómo sus padres salían de la habitación en la que acababan de instalar a Luciana, reclamados de nuevo por los médicos que la atendían, y se quedó sola con ella.

Entonces casi le dio miedo mirarla.

Tenía agujas clavadas en un brazo, por las que recibía probablemente el suero, un pequeño artilugio fijado en un hombro y conectado a sondas y aparatos que desconocía; un tubo enorme, de unos tres centímetros de diámetro, de color blanco y amarillo, parecía ser el nuevo cordón umbilical de su vida. De él partía un derivado que entraba en su boca, abierta. Otro, sellado





con cinta a su nariz, se incrustaba en el orificio de la derecha. Por la parte de abajo de la cama asomaba una bolsa de plástico a la que irían los orines cuando se produjeran. Y desde luego no parecía dormir. Con la boca abierta y los ojos cerrados, embutida en aquella parafernalia de aparatos, más bien se le antojó un conejillo de indias, o alguien a las puertas de la muerte.

Y era aterrador.

Tuvo una extraña sensación, ajena a la realidad primordial.

Una sensación egoísta, propia, mezcla de rabia y desesperación. Lo que tenía ante sus ojos, además de una hermana en coma y, por tanto, moribunda, era el fin de muchos de sus sueños, y especialmente de sus ansias de libertad.

Ahora, a ella, ya no la dejarían salir, ni de noche ni tal vez de día. Y si Luciana moría tanto como si seguía en coma mucho tiempo, sus padres se convertirían en la imagen de la ansiedad, convertirían su casa en una cárcel.

Siempre había ido a remolque de Luciana. Total, por tres años de diferencia... Ella aún tenía que volver a casa a unas horas concretas, y no podía salir de noche, y mucho menos regresar al amanecer y pasar la noche fuera de casa aunque se tratara de algo especial, como una verbena. Ella aún estaba atada a la maldita adolescencia. También Luciana, pero su hermana mayor se había ganado finalmente sus primeras y decisivas cotas de libertad. Luciana ya estaba dejando atrás la adolescencia. Era una mujer.

¿Por qué había tenido que pasar aquello?

Los padres de Ernesto, un compañero del colegio, habían perdido a un hijo en un accidente, y se volcaron tanto en su otro hijo que lo tenían amargado. Eso era lo que le esperaba a ella si...

De pronto sintió vergüenza.

Su mente se quedó en blanco.

Bajó la cabeza.

¿Qué estaba pasando? ¿Era posible que con su hermana allí, en coma, ella pensara tan sólo en sí misma y en sus ansias de vivir y de ser libre para abrir las alas?

¿Era posible que aún no hubiera derramado una sola lágrima por Luciana?

Se sintió tan culpable que entonces sí, algo se rompió en su interior.

Y empezó a llorar.

Luciana podía morir, ésa era la realidad. O permanecer en aquel estado el resto de su vida, y también era la misma realidad. Un coma era como la muerte, aunque con una posibilidad de despertar, en unas horas o unos días. Una posibilidad. Ni siquiera sabía si su hermana era consciente de algo, de su estado, de su simple presencia allí.

Le cogió una mano, instintivamente.

—Luciana... —musitó.



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

Giró la cabeza y le reconoció. Se llamaba Néstor y no era un cliente, sino un ex camello. Se había ligado a una cuarentona con pasta. Suerte. Dejó que se le acercara, curioso.

—Néstor, ¿cómo te va? —Bien. Oye, ¿el Pandora's sigue siendo zona tuya? —Sí. —¿Estuviste anoche vendiendo allí? —Sí. —Pues alguien tuvo una subida de calor, yo me andaría con ojo. —¿Qué? —Mario vio la movida. Una cría. Se la llevaron en una ambulancia. Poli frunció el ceño. —Vaya —suspiró. —Ya sabes cómo son estas cosas. Como pase algo, habrá un buen marrón. ¿Qué vendías?

—Lo de siempre. —Ya, pero ¿era éxtasis...? —Oye, yo vendo, no fabrico. Hay lo que hay y punto. Por mí, como si se llama Margarita.

—Bueno —Néstor se encogió de hombros—. Yo te he avisado y ya está. Ahora allá tú.

—Te lo agradezco, en serio. —Chao, tío. Se alejó de él dejándole solo. Realmente solo por primera vez en toda la noche.

7 (Blancas: Caballo x e4)

Norma vio cómo sus padres salían de la habitación en la que acababan de instalar a Luciana, reclamados de nuevo por los médicos que la atendían, y se quedó sola con ella.

Entonces casi le dio miedo mirarla. Tenía agujas clavadas en un brazo, por las que recibía probablemente el suero, un pequeño artilugio fijado en un hombro y conectado a sondas y aparatos que desconocía; un tubo enorme, de unos tres centímetros de diámetro, de color blanco y amarillo, parecía ser el nuevo cordón umbilical de su vida. De él partía un derivado que entraba en su boca, abierta. Otro, sellado

9

con cinta a su nariz, se incrustaba en el orificio de la derecha. Por la parte de abajo de la cama asomaba una bolsa de plástico a la que irían los orines cuando se produjeran. Y desde luego no parecía dormir. Con la boca abierta y los ojos cerrados, embutida en aquella parafernalia de aparatos, más bien se le antojó un conejillo de indias, o alguien a las puertas de la muerte.

Y era aterrador. Tuvo una extraña sensación, ajena a la realidad primordial. Una sensación egoísta, propia, mezcla de rabia y desesperación. Lo que tenía ante sus ojos, además de una hermana en coma y, por tanto, moribunda, era el fin de muchos de sus sueños, y especialmente de sus ansias de libertad.

Ahora, a ella, ya no la dejarían salir, ni de noche ni tal vez de día. Y si Luciana moría tanto como si seguía en coma mucho tiempo, sus padres se convertirían en la imagen de la ansiedad, convertirían su casa en una cárcel.

Siempre había ido a remolque de Luciana. Total, por tres años de diferencia... Ella aún tenía que volver a casa a unas horas concretas, y no podía salir de noche, y mucho menos regresar al amanecer y pasar la noche fuera de casa aunque se tratara de algo especial, como una verbena. Ella aún estaba atada a la maldita adolescencia. También Luciana, pero su hermana mayor se había ganado finalmente sus primeras y decisivas cotas de libertad. Luciana ya estaba dejando atrás la adolescencia. Era una mujer.

¿Por qué había tenido que pasar aquello? Los padres de Ernesto, un compañero del colegio, habían perdido a un hijo en un accidente, y se volcaron tanto en su otro hijo que lo tenían amargado. Eso era lo que le esperaba a ella si...

De pronto sintió vergüenza. Su mente se quedó en blanco. Bajó la cabeza. ¿Qué estaba pasando? ¿Era posible que con su hermana allí, en coma, ella pensara tan sólo en sí misma y en sus ansias de vivir y de ser libre para abrir las alas?

¿Era posible que aún no hubiera derramado una sola lágrima por Luciana? Se sintió tan culpable que entonces sí, algo se rompió en su interior. Y empezó a llorar. Luciana podía morir, ésa era la realidad. O permanecer en aquel estado el resto de su vida, y también era la misma realidad. Un coma era como la muerte, aunque con una posibilidad de despertar, en unas horas o unos días. Una posibilidad. Ni siquiera sabía si su hermana era consciente de algo, de su estado, de su simple presencia allí.

Le cogió una mano, instintivamente. —Luciana... —musitó.

## 8
## (Negras: Alfil f5 - Blancas: Caballo g3)

*No llores, Norma.*

*No llores, por favor.*

*Ayúdame.*

*Os necesito fuertes, a todos, así que no llores.*

*Puedo verte, ¿sabes, Norma? No sé cómo, porque sé que tengo los ojos cerrados, pero puedo verte. Sé que estás ahí, a mi lado, y que llevas tu blusa amarilla y los vaqueros nuevos, ¿verdad?*

*¿Lo ves?*

*Y, sin embargo, aquí dentro está tan oscuro...*

*Es una extraña sensación, hermana. Es como si flotase en ninguna parte, mejor dicho, es como si mi cuerpo estuviese fuera de toda sensación, porque no siento nada, ni frío ni calor, tampoco siento dolor. Es un lugar agradable. Bueno, lo sería si no estuviese tan oscuro. Me gustaría ver, abrir los ojos y mirar. Hay algo que me recuerda la placenta de mamá. Sí, antes de nacer. Recuerdo la placenta de mamá porque era cálida y confortable.*

*¿Y cómo puedo recordar eso?*

*No, allí no tenía miedo, había paz. Aquí en cambio tengo miedo, a pesar de que siento algo de esa misma paz. La siento porque estoy a sus puertas. Puedo dar un paso y olvidarme de todo para siempre.*

*Un simple paso.*

*Pero no puedo moverme.*

*Norma, Norma, ¿y los demás?*

*¿Están bien?*

*¿Y Eloy?*

*Oh, Dios, daría mi último aliento por tenerlo aquí, a mi lado, y sentir su mano como siento la tuya, hermana.*

*Tu mano.*

*Eloy.*

*Me siento tan sola...*





## 9
## (Negras: Alfil g6)

En el despacho del doctor Pons había dos sillas únicamente, así que mientras esperaban, él entró en un pequeño cuarto de baño y regresó con un taburete que colocó en medio de ellas. Cinta y Santi ocuparon las sillas. Máximo, el taburete. El médico rodeó de nuevo su mesa para ocupar la butaca que la presidía. Desde ella los observó.

Cinta era de estatura media, tirando a baja, adolescentemente atractiva con la ropa que llevaba, pero también juvenilmente sexy: cabello largo, ojos grandes, labios pequeños, cuerpo en plena explosión. Santi y Máximo, en cambio, eran el día y la noche. El primero llevaba el cabello corto y tenía la cara llena de espinillas, como si en lugar de piel tuviera un sembrado. El segundo mostraba una densa cabellera, rizada, como si de la cabeza le nacieran dos o tres mil tirabuzones de color negro que luego le caían en desorden por todas partes.

Unió sus dos manos entrelazando los dedos y se acodó en su mesa. Luego empezó a hablar, despacio, sin que en su voz se notaran reconvenciones o tonos duros. Era médico. Sólo médico.

Y había una vida en juego.

—Ahora que vuestra amiga, por lo menos, está estabilizada, es hora de que retomemos la conversación que antes iniciamos.

—Ya le dijimos todo...

—Oídme, ¿queréis ayudarla o no?

—Sí —contestó Cinta rápidamente.

Los otros dos asintieron con la cabeza.

—¿Quién más tomó pastillas?

—Yo —volvió a hablar Cinta.

Miró a Santi y a Máximo.

—Todos tomasteis, ¿no? —preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Éxtasis?

—Sí.

—¿Cómo sabéis que era éxtasis?

—Bueno... —vaciló Máximo—. Se supone que...

—¿Soléis tomarlo a menudo?

—No —dijeron al unísono los dos chicos.

Probablemente demasiado rápido, aunque...

—¿Qué efecto os causó? —continuó el interrogatorio.



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

8 (Negras: Alfil f5 - Blancas: Caballo g3)

No llores, Norma. No llores, por favor. Ayúdame. Os necesito fuertes, a todos, así que no llores. Puedo verte, ¿sabes, Norma? No sé cómo, porque sé que tengo los ojos cerrados, pero puedo verte. Sé que estás ahí, a mi lado, y que llevas tu blusa amarilla y los vaqueros nuevos, ¿verdad?

¿Lo ves? Y, sin embargo, aquí dentro está tan oscuro... Es una extraña sensación, hermana. Es como si flotase en ninguna parte, mejor dicho, es como si mi cuerpo estuviese fuera de toda sensación, porque no siento nada, ni frío ni calor, tampoco siento dolor. Es un lugar agradable. Bueno, lo sería si no estuviese tan oscuro. Me gustaría ver, abrir los ojos y mirar. Hay algo que me recuerda la placenta de mamá. Sí, antes de nacer. Recuerdo la placenta de mamá porque era cálida y confortable.

¿Y cómo puedo recordar eso? No, allí no tenía miedo, había paz. Aquí en cambio tengo miedo, a pesar de que siento algo de esa misma paz. La siento porque estoy a sus puertas. Puedo dar un paso y olvidarme de todo para siempre.

Un simple paso. Pero no puedo moverme. Norma, Norma, ¿y los demás? ¿Están bien? ¿Y Eloy? Oh, Dios, daría mi último aliento por tenerlo aquí, a mi lado, y sentir su mano como siento la tuya, hermana.

Tu mano. Eloy. Me siento tan sola...

11

Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

9 (Negras: Alfil g6)

En el despacho del doctor Pons había dos sillas únicamente, así que mientras esperaban, él entró en un pequeño cuarto de baño y regresó con un taburete que colocó en medio de ellas. Cinta y Santi ocuparon las sillas. Máximo, el taburete. El médico rodeó de nuevo su mesa para ocupar la butaca que la presidía. Desde ella los observó.

Cinta era de estatura media, tirando a baja, adolescentemente atractiva con la ropa que llevaba, pero también juvenilmente sexy: cabello largo, ojos grandes, labios pequeños, cuerpo en plena explosión. Santi y Máximo, en cambio, eran el día y la noche. El primero llevaba el cabello corto y tenía la cara llena de espinillas, como si en lugar de piel tuviera un sembrado. El segundo mostraba una densa cabellera, rizada, como si de la cabeza le nacieran dos o tres mil tirabuzones de color negro que luego le caían en desorden por todas partes.

Unió sus dos manos entrelazando los dedos y se acodó en su mesa. Luego empezó a hablar, despacio, sin que en su voz se notaran reconvenciones o tonos duros. Era médico. Sólo médico.

Y había una vida en juego. —Ahora que vuestra amiga, por lo menos, está estabilizada, es hora de que retomemos la conversación que antes iniciamos.

—Ya le dijimos todo... —Oídme, ¿queréis ayudarla o no? —Sí —contestó Cinta rápidamente. Los otros dos asintieron con la cabeza. —¿Quién más tomó pastillas? —Yo —volvió a hablar Cinta. Miró a Santi y a Máximo. —Todos tomasteis, ¿no? —preguntó el doctor. —Sí. —¿Éxtasis? —Sí. —¿Cómo sabéis que era éxtasis? —Bueno... —vaciló Máximo—. Se supone que... —¿Soléis tomarlo a menudo? —No —dijeron al unísono los dos chicos. Probablemente demasiado rápido, aunque... —¿Qué efecto os causó? —continuó el interrogatorio.

—Era como... si tuviera un millón de hormigas dentro —dijo de nuevo Cinta, dispuesta a hablar—. Mi cuerpo era una máquina, capaz de todo. Un estado de exaltación total.

—Yo quería a todo el mundo —reconoció Máximo—. Un rollo estupendo. Me dio por reírme cantidad.

—Sí, eso —convino Santi—. Era como estar... muy arriba, no sé si me entiende. Arriba y muy fuerte.

—¿Y ahora?

No hizo falta que respondieran. El bajón ya era evidente. Fueran o no habituales, podían tener náuseas, cefaleas, dolor en las articulaciones...

—¿Qué le pasó exactamente a Luciana?

—Empezó a subirle la temperatura del cuerpo.

—No —Santi detuvo a Cinta—. Primero se mareó, y luego vino lo de los calambres musculares.

—Fue todo junto —apuntó Máximo—. Yo me asusté cuando vi que dejaba de sudar. Entonces comprendí que le venía un golpe de calor.

—¿Así que sabéis lo que es eso?

—Sí.

—¿Y aun así, os arriesgáis?

Era una pregunta estúpida, improcedente. Lo comprendió al instante. Miles de chicos y chicas lo sabían, y sin embargo todas las semanas se jugaban la vida tomando drogas de diseño. Después de todo, sólo alguien moría de vez en cuando.

Sólo.

—¿Qué pasó después? —siguió el doctor Pons.

—Lo que le hemos contado —dijo Cinta—. Empezó con las convulsiones, el corazón se le disparó y...

—¿Tenéis aquí una pastilla de esas?

—No.

Suspiró con fuerza. Hubiera sido demasiada suerte. Con una pastilla al menos sabría qué llevaba Luciana en el cuerpo. Un análisis de sangre no bastaba. Había que analizar el producto.

Ni siquiera sabían contra lo que luchaban.

—A nosotros no nos hizo nada —manifestó Santi—. ¿Por qué sí a ella?

—Eso no se sabe, por esta razón es tan peligroso. Os venden química para adulterada con yeso, ralladura de ladrillos, materiales de construcción como el «Aguaplast» o incluso venenos como la estricnina. A veces son más benévolos y simplemente se trata de un comprimido de paracetamol, que no es más que un analgésico. Pero de lo que se trata es de que, luego, cada cuerpo humano reacciona de una forma distinta. De hecho, no hay nada, ninguna sustancia, capaz de provocar una reacción como lo que le ha sucedido a Luciana, un coma en menos de cuatro horas; pero si alguien sufre del corazón, tiene asma, diabetes, tensión arterial alta, epilepsia o alguna enfermedad mental o cardíaca,





que a veces incluso se ignora por ser jóvenes y no estar detectada, la reacción es imprevisible. Incluso beber agua en exceso, pese a que se recomienda beber un poco cada hora, puede llevar a esa reacción. En una palabra: el detonante lo pone la persona.

Dejó de hablar. Los tres le habían escuchado con atención. Pero el resultado era el mismo. Cerca de allí una chica de dieciocho años se debatía entre la vida y la muerte, al filo de ambos mundos, perdida, tal vez eternamente, en una dimensión desconocida. Quizá por ello esperaba la última pregunta.

La formuló Cinta.

—Se pondrá bien, ¿verdad, doctor?

Y no tenía ninguna respuesta para ella. Ni siquiera un mínimo de optimismo en que basarse.

## 10
## (Blancas: h4)

Al salir del despacho del doctor Pons se quedaron unos segundos sin saber qué hacer o adónde ir. Luego, de común acuerdo aunque sin mediar palabra alguna, encaminaron sus pasos en dirección a la salita en la que habían esperado las noticias acerca del estado de Luciana.

No sabían a ciencia cierta por qué seguían allí, pero lo cierto es que no se les pasó por la cabeza marcharse. Era como si ya formaran parte del hospital, o del destino de su amiga.

Vacilaron al ver que en la sala había otras dos personas, esperando también noticias de otros enfermos. Entonces fue cuando vieron aparecer a Eloy; venía corriendo, congestionado aún por la prisa que se había dado en llegar desde su casa a aquella hora.

Máximo llenó sus pulmones de aire. Santi se quedó quieto. Cinta fue la única en reaccionar yendo, directamente, al encuentro del recién llegado para abrazarse a él.

Volvió a llorar.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó Eloy alarmado.

Cinta no podía hablar. Fue Santi quien lo hizo.

—Está en coma.

—¿Qué? —Eloy se puso pálido.

—Ha sido una putada, tío —manifestó Máximo.

—Pero... ¿cuánto tiempo...?

—Está en coma —repitió Santi—. ¡Jo, tú, ya sabes!, ¿no?



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

—Era como... si tuviera un millón de hormigas dentro —dijo de nuevo Cinta, dispuesta a hablar—. Mi cuerpo era una máquina, capaz de todo. Un estado de exaltación total.

—Yo quería a todo el mundo —reconoció Máximo—. Un rollo estupendo. Me dio por reírme cantidad.

—Sí, eso —convino Santi—. Era como estar... muy arriba, no sé si me entiende. Arriba y muy fuerte.

—¿Y ahora? No hizo falta que respondieran. El bajón ya era evidente. Fueran o no habituales, podían tener náuseas, cefaleas, dolor en las articulaciones...

—¿Qué le pasó exactamente a Luciana? —Empezó a subirle la temperatura del cuerpo. —No —Santi detuvo a Cinta—. Primero se mareó, y luego vino lo de los calambres musculares.

—Fue todo junto —apuntó Máximo—. Yo me asusté cuando vi que dejaba de sudar. Entonces comprendí que le venía un golpe de calor.

—¿Así que sabéis lo que es eso? —Sí. —¿Y aun así, os arriesgáis? Era una pregunta estúpida, improcedente. Lo comprendió al instante. Miles de chicos y chicas lo sabían, y sin embargo todas las semanas se jugaban la vida tomando drogas de diseño. Después de todo, sólo alguien moría de vez en cuando.

Sólo. —¿Qué pasó después? —siguió el doctor Pons. —Lo que le hemos contado —dijo Cinta—. Empezó con las convulsiones, el corazón se le disparó y...

—¿Tenéis aquí una pastilla de esas? —No. Suspiró con fuerza. Hubiera sido demasiada suerte. Con una pastilla al menos sabría qué llevaba Luciana en el cuerpo. Un análisis de sangre no bastaba. Había que analizar el producto.

Ni siquiera sabían contra lo que luchaban. —A nosotros no nos hizo nada —manifestó Santi—. ¿Por qué sí a ella? —Eso no se sabe, por esta razón es tan peligroso. Os venden química pura adulterada con yeso, ralladura de

ladrillos, materiales de construcción como el «Agua-plast» e incluso venenos como la estricnina. A veces son más benévolos y simplemente se trata de un comprimido de paracetamol, que no es más que un analgésico. Pero de lo que se trata es de que, luego, cada cuerpo humano reacciona de una forma distinta. De hecho, no hay nada, ninguna sustancia, capaz de provocar una reacción como lo que le ha sucedido a Luciana, un coma en menos de cuatro horas; pero si alguien sufre del corazón, tiene asma, diabetes, tensión arterial alta, epilepsia o alguna enfermedad mental o cardíaca,





que a veces incluso se ignora por ser jóvenes y no estar detectada, la reacción es imprevisible. Incluso beber agua en exceso, pese a que se recomienda beber un poco cada hora, puede llevar a esa reacción. En una palabra: el detonante lo pone la persona.

Dejó de hablar. Los tres le habían escuchado con atención. Pero el resultado era el mismo. Cerca de allí una chica de dieciocho años se debatía entre la vida y la muerte, al filo de ambos mundos, perdida, tal vez eternamente, en una dimensión desconocida. Quizá por ello esperaba la última pregunta.

La formuló Cinta. —Se pondrá bien, ¿verdad, doctor? Y no tenía ninguna respuesta para ella. Ni siquiera un mínimo de optimismo en que basarse.

## 10 (Blancas: h4)

Al salir del despacho del doctor Pons se quedaron unos segundos sin saber qué hacer o adónde ir. Luego, de común acuerdo aunque sin mediar palabra alguna, encaminaron sus pasos en dirección a la salita en la que habían esperado las noticias acerca del estado de Luciana.

No sabían a ciencia cierta por qué seguían allí, pero lo cierto es que no se les pasó por la cabeza marcharse. Era como si ya formaran parte del hospital, o del destino de su amiga.

Vacilaron al ver que en la sala había otras dos personas, esperando también noticias de otros enfermos. Entonces fue cuando vieron aparecer a Eloy; venía corriendo, congestionado aún por la prisa que se había dado en llegar desde su casa a aquella hora.

Máximo llenó sus pulmones de aire. Santi se quedó quieto. Cinta fue la única en reaccionar yendo, directamente, al encuentro del recién llegado para abrazarse a él.

Volvió a llorar. —¿Qué... ha pasado? —preguntó Eloy alarmado. Cinta no podía hablar. Fue Santi quien lo hizo. —Está en coma. —¿Qué? —Eloy se puso pálido. —Ha sido una putada, tío —manifestó Máximo. —Pero... ¿cuánto tiempo...? —Está en coma —repitió Santi—. ¡Jo, tú, ya sabes!, ¿no?

La idea penetró muy despacio en su mente. Fue como si se diera cuenta de que Cinta estaba allí, entre sus brazos. La apretó con fuerza, para no sentirse solo, ni tan impotente como se sentía en ese instante.
—¿Qué dicen los médicos? —logró romper el nudo albergado en su garganta.
—Que hay que esperar. Las cuarenta y ocho horas siguientes son decisivas —le respondió Santi.
Eloy apretó las mandíbulas.
—¿Qué mierdas habéis tomado? —alzó la voz de pronto.
No hubo una respuesta inmediata. Fueron los ojos de Eloy los que actuaron de sacacorchos.
—Nada, tío, sólo un estimulante —pareció defenderse Máximo.
—¿Para qué? ¡Mierda! ¿Para qué?
—Oye, si hubieras estado allí, tú también lo habrías hecho, ¿vale?
—¿Yo? ¡Si ni siquiera fumo!
—¿Qué tiene que ver esto con el tabaco? Lo tomamos para ver qué pasaba y estar en forma y no cansarnos y...
—¡Y para ver qué pasaba, coño! —acabó Santi la frase de Máximo.
—Por favor... no os peleéis... por favor —suplicó Cinta.
—Yo no habría tomado nada —insistió mirándola—. Ni la habría dejado a ella. ¿Lo habéis hecho por eso, porque no estaba yo?
—Ha sido una casualidad —Santi dejó caer la cabeza abatido.
—¡Y una mierda! —gritó Eloy.
—Estábamos con Ana y Paco, bailando, y entonces... —Cinta volvió a verse dominada por la emoción. Las lágrimas le impidieron continuar hablando. Se abrazó de nuevo con fuerza a Eloy y balbuceó un desesperado—: Lo siento... Lo siento... Lo siento...
Ya no encontró ninguna simpatía ni consuelo en él. La apartó bruscamente de su lado.
—¡Iros a la mierda! —exclamó el muchacho—. ¡Parecéis críos de...!
No terminó la frase. Giró sobre sus talones y los dejó allí, quietos, inmóviles, tan perdidos como lo estaban ya antes de su llegada, pero ahora mucho más vulnerables por la condición de culpables ante sus ojos.





## 11
## (Negras: h6)

Se tropezó con Norma inesperadamente, mientras se sentía como un león enjaulado en mitad del laberinto de pasillos y salas, sin saber qué más hacer para conseguir abrir una brecha en el sistema. Los dos se reconocieron en mitad de la nada, envueltos en su soledad.

—¡Eloy!

La hermana de Luciana se le echó a los brazos. Por primera vez desde que la conocía, y pronto haría dos años, él no la rehuyó, al contrario: la abrazó y le dio un beso en la cabeza, por entre la espesa mata de su pelo. Norma temblaba.

Y él esperó, cauteloso, aunque en aquel momento sabía que se necesitaban.

Ya no tenía nada que ver el hecho de que ella, como muchas hermanas menores, estuviera enamorada de él.

—Me han dicho que está... en coma —murmuró casi un minuto después.

Norma no se separó de su abrazo.

—Tengo miedo —reconoció.

—No me han dejado verla —dijo Eloy—. Llevo la tira pidiendo...

Esta vez sí. La chica se apartó de él para mirarle a los ojos. Luego lo cogió de la mano.

—Ven —se limitó a decir.

La siguió. Era un contacto dulce y, en el fondo, una mano amiga. La primera en aquel mundo inhóspito. ¡Norma y Luciana se parecían tanto! De hecho, viendo a Norma, recordaba cómo y cuándo se había enamorado de Luciana. En aquel tiempo, sin embargo, Luciana se acababa de convertir en una mujer.

El trayecto apenas duró veinte segundos. Norma se detuvo en una puerta. Sin soltarle a él de la mano la traspuso, empleando la otra para abrirla. Los dos se encontraron dentro con los padres de las dos hermanas.

Pero Eloy apenas si reparó en ellos.

La imagen de Luciana, inmóvil, con los ojos cerrados, la boca abierta y las agujas, y los tubos entrando y saliendo de ella, le atravesó la mente.

—Hijo... —suspiró con emoción la mujer levantándose.

—Me quedé a estudiar... Lo siento, ¡lo siento! —apenas si logró articular palabra aunque sin poder dejar de mirar a la persona que más amaba en el mundo.



Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

La idea penetró muy despacio en su mente. Fue como si se diera cuenta de que Cinta estaba allí, entre sus brazos. La apretó con fuerza, para no sentirse solo, ni tan impotente como se sentía en ese instante.

—¿Qué dicen los médicos? —logró romper el nudo albergado en su garganta.

—Que hay que esperar. Las cuarenta y ocho horas siguientes son decisivas —le respondió Santi.

Eloy apretó las mandíbulas. —¿Qué mierdas habéis tomado? —alzó la voz de pronto. No hubo una respuesta inmediata. Fueron los ojos de Eloy los que actuaron de sacacorchos.

—Nada, tío, sólo un estimulante —pareció defenderse Máximo. —¿Para qué? ¡Mierda! ¿Para qué? —Oye, si hubieras estado allí, tú también lo habrías hecho, ¿vale? —¿Yo? ¡Si ni siquiera fumo! —¿Qué tiene que ver esto con el tabaco? Lo tomamos para ver qué pasaba y estar en forma y no cansarnos y...

—¡Y para ver qué pasaba, coño! —acabó Santi la frase de Máximo. —Por favor... no os peleéis... por favor —suplicó Cinta. —Yo no habría tomado nada —insistió mirándola—. Ni la habría dejado a ella. ¿Lo habéis hecho por eso, porque no estaba yo?

—Ha sido una casualidad —Santi dejó caer la cabeza abatido. —¡Y una mierda! —gritó Eloy. —Estábamos con Ana y Paco, bailando, y entonces... —Cinta volvió a verse dominada por la emoción. Las lágrimas le impidieron continuar hablando. Se abrazó de nuevo con fuerza a Eloy y balbuceó un desesperado—: Lo siento... Lo siento... Lo siento...

Ya no encontró ninguna simpatía ni consuelo en él. La apartó bruscamente de su lado.

—¡Iros a la mierda! —exclamó el muchacho—. ¡Parecéis críos de...! No terminó la frase. Giró sobre sus talones y los dejó allí, quietos, inmóviles, tan perdidos como lo estaban ya antes de su llegada, pero ahora mucho más vulnerables por la condición de culpables ante sus ojos.

# 11 (Negras: h6)

Se tropezó con Norma inesperadamente, mientras se sentía como un león enjaulado en mitad del laberinto de pasillos y salas, sin saber qué más hacer para conseguir abrir una brecha en el sistema. Los dos se reconocieron en mitad de la nada, envueltos en su soledad.

—¡Eloy! La hermana de Luciana se le echó a los brazos. Por primera vez desde que la conocía, y pronto haría dos años, él no la rehuyó, al contrario: la abrazó y le dio un beso en la cabeza, por entre la espesa mata de su pelo. Norma temblaba. Y él esperó, cauteloso, aunque en aquel momento sabía que se necesitaban. Ya no tenía nada que ver el hecho de que ella, como muchas hermanas menores, estuviera enamorada de él.

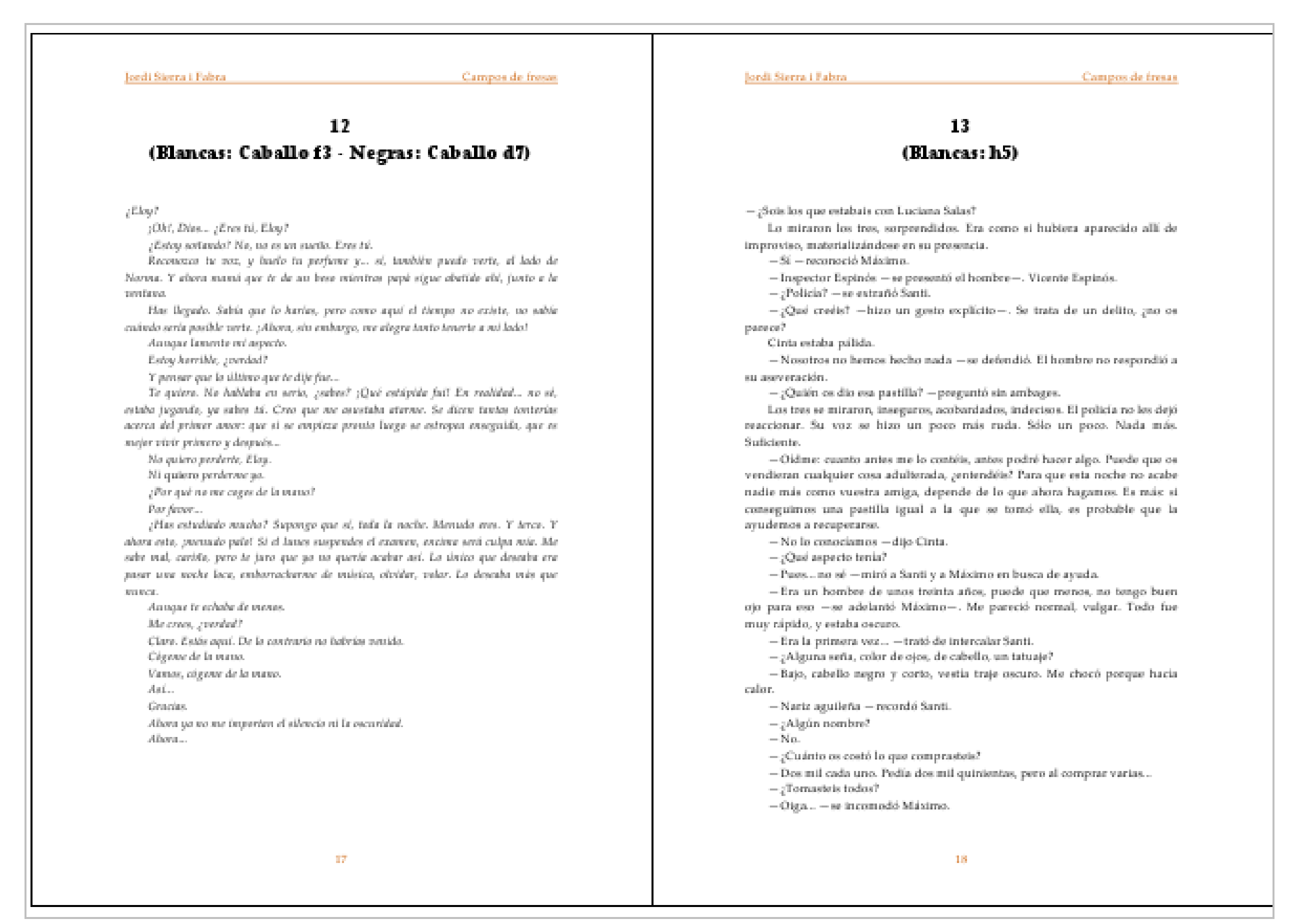
—Me han dicho que está... en coma —murmuró casi un minuto después. Norma no se separó de su abrazo. —Tengo miedo —reconoció. —No me han dejado verla —dijo Eloy—. Llevo la tira pidiendo... Esta vez sí. La chica se apartó de él para mirarle a los ojos. Luego lo cogió de la mano.

—Ven —se limitó a decir. La siguió. Era un contacto dulce y, en el fondo, una mano amiga. La primera en aquel mundo inhóspito. ¡Norma y Luciana se parecían tanto! De hecho, viendo a Norma, recordaba cómo y cuándo se había enamorado de Luciana. En aquel tiempo, sin embargo, Luciana se acababa de convertir en una mujer.

El trayecto apenas duró veinte segundos. Norma se detuvo en una puerta. Sin soltarle a él de la mano la traspuso, empleando la otra para abrirla. Los dos se encontraron dentro con los padres de las dos hermanas.

Pero Eloy apenas si reparó en ellos. La imagen de Luciana, inmóvil, con los ojos cerrados, la boca abierta y las agujas, y los tubos entrando y saliendo de ella, le atravesó la mente.

—Hijo... —suspiró con emoción la mujer levantándose. —Me quedé a estudiar... Lo siento, ¡lo siento! —apenas si logró articular palabra aunque sin poder dejar de mirar a la persona que más amaba en el mundo.


Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

12
(Blancas: Caballo f3 - Negras: Caballo d7)

*¿Eloy?*
*¡Oh!, Dios... ¿Eres tú, Eloy? ¿Estoy soñando? No, no es un sueño. Eres tú. Reconozco tu voz, y huelo tu perfume y... sí, también puedo verte, al lado de Norma. Y ahora mamá que te da un beso mientras papá sigue abatido ahí, junto a la ventana.*
*Has llegado. Sabía que lo harías, pero como aquí el tiempo no existe, no sabía cuándo sería posible verte. ¡Ahora, sin embargo, me alegra tanto tenerte a mi lado!*
*Aunque lamento mi aspecto. Estoy horrible, ¿verdad? Y pensar que lo último que te dije fue... Te quiero. No hablaba en serio, ¿sabes? ¡Qué estúpida fui! En realidad... no sé, estaba jugando, ya sabes tú. Creo que me asustaba atarme. Se dicen tantas tonterías acerca del primer amor: que si se empieza pronto luego se estropea enseguida, que es mejor vivir primero y después...*
*No quiero perderte, Eloy. Ni quiero perderme yo. ¿Por qué no me coges de la mano? Por favor... ¿Has estudiado mucho? Supongo que sí, toda la noche. Menudo eres. Y terco. Y ahora esto, ¡menudo palo! Si el lunes suspendes el examen, encima será culpa mía. Me sabe mal, cariño, pero te juro que yo no quería acabar así. Lo único que deseaba era pasar una noche loca, emborracharme de música, olvidar, volar. Lo deseaba más que nunca.*
*Aunque te echaba de menos. Me crees, ¿verdad? Claro. Estás aquí. De lo contrario no habrías venido. Cógeme de la mano. Vamos, cógeme de la mano. Así... Gracias. Ahora ya no me importan el silencio ni la oscuridad. Ahora...*

17



13
(Blancas: h5)

—¿Sois los que estabais con Luciana Salas?

Lo miraron los tres, sorprendidos. Era como si hubiera aparecido allí de improviso, materializándose en su presencia.

—Sí —reconoció Máximo.

—Inspector Espinós —se presentó el hombre—. Vicente Espinós.

—¿Policía? —se extrañó Santi.

—¿Qué creéis? —hizo un gesto explícito—. Se trata de un delito, ¿no os parece?

Cinta estaba pálida.

—Nosotros no hemos hecho nada —se defendió. El hombre no respondió a su aseveración.

—¿Quién os dio esa pastilla? —preguntó sin ambages.

Los tres se miraron, inseguros, acobardados, indecisos. El policía no les dejó reaccionar. Su voz se hizo un poco más ruda. Sólo un poco. Nada más. Suficiente.

—Oídme: cuanto antes me lo contéis, antes podré hacer algo. Puede que os vendieran cualquier cosa adulterada, ¿entendéis? Para que esta noche no acabe nadie más como vuestra amiga, depende de lo que ahora hagamos. Es más: si conseguimos una pastilla igual a la que se tomó ella, es probable que la ayudemos a recuperarse.

—No lo conocíamos —dijo Cinta.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pues... no sé —miró a Santi y a Máximo en busca de ayuda.

—Era un hombre de unos treinta años, puede que menos, no tengo buen ojo para eso —se adelantó Máximo—. Me pareció normal, vulgar. Todo fue muy rápido, y estaba oscuro.

—Era la primera vez... —trató de intercalar Santi.

—¿Alguna seña, color de ojos, de cabello, un tatuaje?

—Bajo, cabello negro y corto, vestía traje oscuro. Me chocó porque hacía calor.

—Nariz aguileña —recordó Santi.

—¿Algún nombre?

—No.

—¿Cuánto os costó lo que comprasteis?

—Dos mil cada uno. Pedía dos mil quinientas, pero al comprar varias...

—¿Tomasteis todos?

—Oiga... —se incomodó Máximo.





# 12 (Blancas: Caballo f3 - Negras: Caballo d7)

*¿Eloy?*

*¡Oh!, Dios... ¿Eres tú, Eloy? ¿Estoy soñando? No, no es un sueño. Eres tú. Reconozco tu voz, y huelo tu perfume y... sí, también puedo verte, al lado de Norma. Y ahora mamá que te da un beso mientras papá sigue abatido ahí, junto a la ventana.*

*Has llegado. Sabía que lo harías, pero como aquí el tiempo no existe, no sabía cuándo sería posible verte. ¡Ahora, sin embargo, me alegra tanto tenerte a mi lado!*

*Aunque lamento mi aspecto. Estoy horrible, ¿verdad? Y pensar que lo último que te dije fue... Te quiero. No hablaba en serio, ¿sabes? ¡Qué estúpida fui! En realidad... no sé, estaba jugando, ya sabes tú. Creo que me asustaba atarme. Se dicen tantas tonterías acerca del primer amor: que si se empieza pronto luego se estropea enseguida, que es mejor vivir primero y después...*

*No quiero perderte, Eloy. Ni quiero perderme yo. ¿Por qué no me coges de la mano? Por favor... ¿Has estudiado mucho? Supongo que sí, toda la noche. Menudo eres. Y terco. Y ahora esto, ¡menudo palo! Si el lunes suspendes el examen, encima será culpa mía. Me sabe mal, cariño, pero te juro que yo no quería acabar así. Lo único que deseaba era pasar una noche loca, emborracharme de música, olvidar, volar. Lo deseaba más que nunca.*

*Aunque te echaba de menos. Me crees, ¿verdad? Claro. Estás aquí. De lo contrario no habrías venido. Cógeme de la mano. Vamos, cógeme de la mano. Así... Gracias. Ahora ya no me importan el silencio ni la oscuridad. Ahora...*

## 13 (Blancas: h5)

—¿Sois los que estabais con Luciana Salas?

Lo miraron los tres, sorprendidos. Era como si hubiera aparecido allí de improviso, materializándose en su presencia.

—Sí —reconoció Máximo. —Inspector Espinós —se presentó el hombre—. Vicente Espinós. —¿Policía? —se extrañó Santi. —¿Qué creéis? —hizo un gesto explícito—. Se trata de un delito, ¿no os parece?

Cinta estaba pálida. —Nosotros no hemos hecho nada —se defendió. El hombre no respondió a su aseveración.

—¿Quién os dio esa pastilla? —preguntó sin ambages. Los tres se miraron, inseguros, acobardados, indecisos. El policía no les dejó reaccionar. Su voz se hizo un poco más ruda. Sólo un poco. Nada más. Suficiente.

—Oídme: cuanto antes me lo contéis, antes podré hacer algo. Puede que os vendieran cualquier cosa adulterada, ¿entendéis? Para que esta noche no acabe nadie más como vuestra amiga, depende de lo que ahora hagamos. Es más: si conseguimos una pastilla igual a la que se tomó ella, es probable que la ayudemos a recuperarse.

—No lo conocíamos —dijo Cinta. —¿Qué aspecto tenía? —Pues... no sé —miró a Santi y a Máximo en busca de ayuda. —Era un hombre de unos treinta años, puede que menos, no tengo buen ojo para eso —se adelantó Máximo—. Me pareció normal, vulgar. Todo fue muy rápido, y estaba oscuro.

—Era la primera vez... —trató de intercalar Santi. —¿Alguna seña, color de ojos, de cabello, un tatuaje? —Bajo, cabello negro y corto, vestía traje oscuro. Me chocó porque hacía calor.

—Nariz aguileña —recordó Santi. —¿Algún nombre? —No. —¿Cuánto os costó lo que comprasteis? —Dos mil cada uno. Pedía dos mil quinientas, pero al comprar varias... —¿Tomasteis todos? —Oiga... —se incomodó Máximo.

Jordi Sierra i Fabra Campos de fresas

—¿Se lo pregunto a vuestros padres?
—Tomamos todos —dijo Cinta.
—¿Cómo eran las pastillas?
—Blancas, redondas, tipo aspirina y más pequeñas, ¿cómo quiere que...?
—Tenían una media luna grabada —manifestó Santi sabiendo a qué se refería el inspector.
El hombre puso cara de fastidio.
—¿Una media luna?
—Sí.
Chasqueó la lengua con mal contenida furia.
—¿Qué pasa? —quiso saber Máximo.
—Nada que os importe —se apartó de ellos pensativo antes de agregar—: ¿Dónde fue?
—En el Pandora's.
—Muy bien —suspiró—. Dejadme vuestros teléfonos y direcciones, y si recordáis algo más, llamadme —les tendió una tarjeta a cada uno—. A cualquier hora, ¿de acuerdo?
No esperó su respuesta y se alejó de ellos caminando con el paso muy vivo.

14
(Negras: Alfil h7)

Volvieron a tropezarse con Eloy frente a la puerta de acceso a urgencias. Salía de la zona de las habitaciones, allá donde ellos no habían conseguido entrar, y pudieron percibir claramente las huellas del llanto en sus ojos. Tenía las mandíbulas apretadas.
—¿La has visto? —se interesó Cinta.
—Sí.
Iba a preguntar algo más, pero no lo hizo al ver la cara de su amigo. Por el contrario, fue él quien formuló la siguiente pregunta.
—¿Habéis llamado a Loreto?
—Sí.
—¿Qué ha dicho?
—Hemos hablado con su madre. No ha querido despertarla. Sólo le faltaba esto tal y como está ella.
—¿Tenéis alguna píldora más de esas? —preguntó de pronto Eloy.
—No.

19



—Los médicos no saben qué había en ella, cuál era su composición. Si pudiéramos conseguir una, tal vez...
—Sí, ya lo sabemos —asintió Santi.
—¿De veras crees que una pastilla ayudaría a...? —apuntó Cinta.
—¡No lo sé, pero se podría intentar!, ¿no?
No ocultó su impotencia llena de rabia. Frente al abatimiento y la desesperanza de Cinta, Santi y Máximo, todo en él era puro nervio, una ansiedad mal medida y peor controlada.
—¿Adónde ibais? —les preguntó de nuevo.
—A casa, a dormir un poco —suspiró Cinta.
Eloy no la miró a ella, sino a Máximo.
—¿Os vais a dormir? —espetó.
—¿Qué quieres que hagamos?
—¿Ella está muriéndose y vosotros os vais a dormir tan tranquilos? —insistió él.
—¡Estamos agotados, tío! —protestó Máximo.
Parecía no podérselo creer.
—¿Te pasas los fines de semana enteros bailando, de viernes a domingo, sin parar, y ahora me vienes con que estás agotado un sábado por la mañana? —levantó la voz preso de su furia.
—Ya vale, Eloy —trató de calmarlo Santi.
—Todos estamos...
Nadie hizo caso ahora a Cinta. Eloy seguía dirigiéndose a Máximo.
—Fuiste tú quien compró esa mierda, ¿verdad?
—Oye, ¿de qué vas?
—¡Fuiste tú!
—¿Y qué si fui yo, eh? —acabó disparándose Máximo—. ¿Qué pasa contigo, tío?
—¡Maldito cabrón!
Se le echó encima, pero Santi estaba alerta, y era más fuerte que él. Lo detuvo y lo obligó a retroceder, mientras Cinta se ponía también en medio, de nuevo llorosa y al borde de un ataque de nervios.
—¡Por favor, no os peleéis, por favor! —gritó la muchacha.
—Vamos, Eloy, cálmate —pidió Santi—. No ha sido culpa de nadie. Y tampoco ha sido culpa suya. Fue Raúl el que trajo al tipo y el que...
—¿Estaba ahí ese imbécil? —abrió los ojos Eloy.
—Sí —reconoció Santi.
La presión cedió, los músculos de Eloy dejaron de empujar y Santi relajó los suyos. Máximo también respiró con fuerza, apretando los puños, dándoles la espalda mientras daba unos pasos nerviosos en torno a sí mismo. Cinta quedó en medio, abrazándose con desvalida tristeza.





—¿Se lo pregunto a vuestros padres? —Tomamos todos —dijo Cinta. —¿Cómo eran las pastillas? —Blancas, redondas, tipo aspirina y más pequeñas, ¿cómo quiere que...? —Tenían una media luna grabada —manifestó Santi sabiendo a qué se refería el inspector.

El hombre puso cara de fastidio. —¿Una media luna? —Sí. Chasqueó la lengua con mal contenida furia. —¿Qué pasa? —quiso saber Máximo. —Nada que os importe —se apartó de ellos pensativo antes de agregar—: ¿Dónde fue?

—En el Pandora's. —Muy bien —suspiró—. Dejadme vuestros teléfonos y direcciones, y si recordáis algo más, llamadme —les tendió una tarjeta a cada uno—. A cualquier hora, ¿de acuerdo?

No esperó su respuesta y se alejó de ellos caminando con el paso muy vivo.

# 14 (Negras: Alfil h7)

Volvieron a tropezarse con Eloy frente a la puerta de acceso a urgencias. Salía de la zona de las habitaciones, allá donde ellos no habían conseguido entrar, y pudieron percibir claramente las huellas del llanto en sus ojos. Tenía las mandíbulas apretadas.

—¿La has visto? —se interesó Cinta. —Sí. Iba a preguntar algo más, pero no lo hizo al ver la cara de su amigo. Por el contrario, fue él quien formuló la siguiente pregunta.

—¿Habéis llamado a Loreto? —Sí. —¿Qué ha dicho? —Hemos hablado con su madre. No ha querido despertarla. Sólo le faltaba esto tal y como está ella.

—¿Tenéis alguna píldora más de esas? —preguntó de pronto Eloy. —No.

—Los médicos no saben qué había en ella, cuál era su composición. Si pudiéramos conseguir una, tal vez...

—Sí, ya lo sabemos —asintió Santi. —¿De veras crees que una pastilla ayudaría a...? —apuntó Cinta. —¡No lo sé, pero se podría intentar!, ¿no? No ocultó su impotencia llena de rabia. Frente al abatimiento y la desesperanza de Cinta, Santi y Máximo, todo en él era puro nervio, una ansiedad mal medida y peor controlada.

—¿Adónde ibais? —les preguntó de nuevo. —A casa, a dormir un poco —suspiró Cinta. Eloy no la miró a ella, sino a Máximo. —¿Os vais a dormir? —espetó. —¿Qué quieres que hagamos? —¿Ella está muriéndose y vosotros os vais a dormir tan tranquilos? — insistió él.

—¡Estamos agotados, tío! —protestó Máximo. Parecía no podérselo creer. —¿Te pasas los fines de semana enteros bailando, de viernes a domingo, sin parar, y ahora me vienes con que estás agotado un sábado por la mañana? — levantó la voz preso de su furia.

—Ya vale, Eloy —trató de calmarlo Santi. —Todos estamos... Nadie hizo caso ahora a Cinta. Eloy seguía dirigiéndose a Máximo. —Fuiste tú quien compró esa mierda, ¿verdad? —Oye, ¿de qué vas? —¡Fuiste tú! —¿Y qué si fui yo, eh? —acabó disparándose Máximo—. ¿Qué pasa contigo, tío?

—¡Maldito cabrón! Se le echó encima, pero Santi estaba alerta, y era más fuerte que él. Lo detuvo y lo obligó a retroceder, mientras Cinta se ponía también en medio, de nuevo llorosa y al borde de un ataque de nervios.

—¡Por favor, no os peleéis, por favor! —gritó la muchacha. —Vamos, Eloy, cálmate —pidió Santi—. No ha sido culpa de nadie. Y tampoco ha sido culpa suya. Fue Raúl el que trajo al tipo y el que...

—¿Estaba ahí ese imbécil? —abrió los ojos Eloy. —Sí —reconoció Santi. La presión cedió, los músculos de Eloy dejaron de empujar y Santi relajó los suyos. Máximo también respiró con fuerza, apretando los puños, dándoles la espalda mientras daba unos pasos nerviosos en torno a sí mismo. Cinta quedó en medio, abrazándose con desvalida tristeza.